



CENTRO DE ESTUDIOS  
BIBLIOTECA  
UNIVERSITARIA

# TOPICOS DEL HUMANISMO

Noviembre de 1996

Nº 18



# ALGUNOS APUNTES SOBRE ÉTICA Y MORAL

Jaime González Dobles

El uso con frecuencia confuso de los términos de **ética y moral**, nos fuerza a aclarar sus relaciones. La ética es el conjunto de reflexiones filosóficas sobre el fenómeno moral y la moral (o quizás más precisamente lo moral) es la conducta humana en función de ideas de bien. Esta conducta se manifiesta de dos maneras diferentes: por una parte, la acción personal ejecutada en acuerdo o desacuerdo con normas de conducta asumidas como obligación de conciencia (la moralidad) y, por la otra, el enunciado y sistematización de dichas normas o preceptos (las llamadas "morales" constituidas por "preceptos" o "mandatos morales"). La diferencia entre ética y moralidad suele ser clara. Pero la distinción entre las morales y la ética es bastante confusa, ya que las preocupaciones pedagógicas de muchos profesores de filosofía los llevan - con frecuencia - a concebir la ética como una elaboración y, en el mejor de los casos, como una justificación de **códigos morales**. No obstante, la ética es un problema de conocimiento sobre el sentido de la acción, en tanto que la moral es un asunto específico de acción.

En su sentido más auténtico, la filosofía depende esencialmente de la búsqueda de sentido de la acción humana en sus diversas manifestaciones: el conocimiento, la producción y la valoración. En este aspecto, se reflejan dos dimensiones de lo ético que merecen ser destacadas. Por una parte, existen ensayos de una ética centrada en el ser de lo moral y, por la otra, se insinúa una ética enfocada hacia lo moral en el ser humano. Personalmente, considero que la ética debe ser entendida en este segundo sentido. En el caso contrario, es preferible hablar de metafísica o de filosofía del lenguaje, según sea el caso.<sup>1</sup>

En el presente trabajo, se asume como un hecho aceptado que la ética constituye el estudio filosófico del fenómeno moral. Este presenta tres manifestaciones interdependientes: la conducta, la normativa y la justificación morales. La primera consiste en un conjunto de comportamientos en función de ideas de bien: conducta en la que se detecta y precisa, por ejemplo, el imperativo categórico señalado por Kant. La normativa consiste en enunciados y códigos de conducta, relativos a lo que debe ser hecho o evitado: plantea normas y principios para la acción que regulan, permiten, exigen o prohíben determinadas conductas de los seres humanos bajo el supuesto de una obligación o responsabilidad de conciencia. Estos dos primeros aspectos del fenómeno moral constituyen así el objeto fundamental de la ética, en tanto que el tercer aspecto abarca y precisa la naturaleza de la ética. El análisis ético de las justificaciones es visto por muchos teóricos como asuntos de meta-ética; es decir, como análisis de los fundamentos mismos de la ética. En este sentido, aunque lo moral es el objeto de la ética, esta forma parte del fenómeno moral (De ahí la frecuente confusión de la gente entre lo ético y lo moral).<sup>2</sup>

Para determinar las particularidades de la ética, es necesario recordar las principales orientaciones históricas de la reflexión ética: los filósofos han asumido como eje central de sus enfoques éticos, los actos, las acciones, los caracteres y las comunidades de las personas.<sup>3</sup> Históricamente, se han establecido así diversos enfoques éticos substanciales en función del objeto y del modo de análisis específico, asumidos como primordiales en la comprensión de la conducta moral: esta opción determina una semántica particular con su código de lectura específico. Toda ética tiene como objeto el estudio de la conducta humana bajo el punto de vista de la responsabilidad mo-

ral. Pero cada enfoque específico destaca algunos aspectos y se centra en ámbitos particulares del fenómeno moral.

Los pensadores que destacan el análisis de los actos morales se ocupan de aspectos tales como la conciencia, la obligación, la sanción, la responsabilidad o el uso del lenguaje moral. Kant constituye quizá el mejor representante de esta perspectiva. Los analistas que se ocupan de las acciones han puesto un énfasis particular en los hábitos (virtudes y vicios) y en el análisis de las circunstancias de la conducta moral. Como prototipo de este enfoque, cabe recordar a Aristóteles o los analistas de los problemas éticos en función de las coyunturas de la acción humana. Otros han establecido un análisis más integral: centran la problemática ética en un estudio del carácter y de las condiciones existenciales de la persona que realiza esos actos o hábitos. Nietzsche es quizá el mejor representante de este enfoque (aunque - como señalo en mi libro *Reflexiones Éticas* - tiene un marcado antecesor en Maquiavelo). En un ámbito bastante cercano a esta perspectiva se desenvuelven también las consideraciones de Bergson. Finalmente, están aquellos que en la ética desde la convivencia social, en cuyo eje extremo podríamos ubicar a aquellos ecologistas que miran a la humanidad no como la comunidad integral, sino como parte de una comunidad mayor. Los planteamientos de Marx, al hablar desde las clases sociales, o los de Bergson, al enfocar la moral cerrada y abierta desde el contexto social, pueden ser ubicados como precursores de una ética comunitaria que es vivida y pensada más integralmente por nuestras culturas aborígenes.

La explicación y la justificación de lo moral constituyen el fundamento del quehacer ético. Al precisarse como el debate racional encargado de explicar, comprender y avalar el sentido de las conductas y normaciones morales, la justificación moral supone una instancia ( un tipo de autoridad ) que garantice la validez de lo propuesto. En principio, las justificaciones morales pueden ser divididas en dos tipos: las racionales y las que sobrepasan los límites de la razón: las que Erich Fromm llama autoritarias. Los enfoques señalados como no-racionales designan posiciones relativamente ajenas a la razón; pero esto no implica que dichas posiciones sean necesariamente contrarias a la razón (irracional en sentido estricto).

Las justificaciones morales que buscan un estricto soporte racional constituyen las llamadas éticas, en el pleno sentido filosófico: la razón se convierte en su único sello de garantía. Las otras justificaciones condicionan el uso de la razón a la aceptación previa de los dictámenes de una autoridad ajena, asumida como válida e incuestionable: bien sea esta una divinidad o una instancia social. Las justificaciones éticas fundadas en creencias religiosas constituyen así las morales o planteamientos teológicos.

En este aspecto, la ética como disciplina filosófica es solo una de las manifestaciones particulares de la justificación moral: el sustrato racional y el esfuerzo consciente por justificar y fundamentar la conducta moral de las personas. Pero la ética como posición arquitectónica no puede ignorar la demanda de encontrar un lazo racional entre las creencias y aspiraciones integrales de la persona.

La única tragedia en el nivel estrictamente ético sería su imposibilidad como conocimiento: el esfuerzo absurdo por conocer algo que necesariamente no se podría conocer. Fuera de este

desenlace trágico, todos los demás problemas de la ética se manifiestan, o bien como las dificultades normales de todo conocimiento humano, o bien como un conjunto de obstáculos que superan los procedimientos regulares del cuestionamiento intelectual: situación que genera la posibilidad del drama y aun de la tragedia. El drama o la tragedia morales propiamente dichos se concretan en la relación entre la conducta humana y el ideal de bien. La experiencia nos señala que esta relación es profundamente problemática. Como bien señala, por ejemplo, José Luis Aranguren en su libro sobre *Ética y política* las relaciones entre ambas son necesarias y extremadamente difíciles: no se puede escoger la una o la otra ya que ambas forman parte del ser humano, pero tampoco se las puede compaginar fácilmente. Por eso, la solución de su problemática fundamental debe enfrentar el dilema entre el drama, como **problematicidad constitutiva**, y la tragedia, como **imposibilidad insuperable**.

La historia nos enseña lo que han podido hacer los seres humanos, con sus logros y sus errores; y nos insinúa posibles pautas de solución, revestidas de consideraciones y exigencias morales. Por su propia naturaleza, la filosofía debe implicar una búsqueda constante y renovada de su orientación, personal y comunitaria, fundada en la apertura franca y decidida hacia la construcción de un mejor futuro social y personal. La respuesta a este desafío constituye así un problema ético insoslayable, una demanda y una condición estructural del quehacer filosófico. Por esto, me atrevo a afirmar que toda filosofía del ser humano está sostenida por un **proyecto ético**.

## NOTAS

<sup>1</sup> Vista la filosofía de esta manera, la ética no es un agregado circunstancial en su quehacer, sino su eje fundamental: su *culminación* existencial. La antropología es el asunto medular del filosofar y la ética, la cúspide de su discurso. Dicho de otra manera, una ética auténticamente filosófica debe fundamentar, coordinar, integrar y superar todas las otras dimensiones generales del quehacer filosófico (aun la estética, pues no hay nada más bello que el bien). Los problemas ontológicos y epistemológicos no son tan fundamentales como aparentan. Solamente constituyen los fundamentos, los prolegómenos necesarios para desembocar en lo fundamental: aquello que nos acerca a la sabiduría, es decir, al mundo de los valores en acción con respecto al destino humano.

<sup>2</sup> Al enfocar la ética como el manejo racional de  *criterios morales históricamente condicionados*, se puede enriquecer desde el personalismo los utópicos planteamientos latinoamericanos. Formalmente, el bien se identifica con  *lo plenamente humano*. Pero lo humano no es solo un hecho, sino una aspiración cuyo conocimiento concreto es siempre impreciso e incompleto. En cada momento histórico, el conocimiento de lo verdaderamente humano es relativo: está condicionado por los antecedentes y posibilidades objetivas de cada situación histórica y la búsqueda de superación de sus deficiencias se expresa como  *proyecto ético*, es decir, según un término de moda en el ambiente latinoamericano como  *utopía*.

La historia nos enseña lo que han podido hacer los seres humanos, con sus logros y sus errores; y nos insinúa posibles pautas de solución, revestidas de consideraciones y exigencias morales. Por su propia naturaleza, la filosofía personalista implica una búsqueda constante y renovada de su orientación, personal y comunitaria, fundada en la apertura franca y decidida hacia la construcción de un mejor futuro social y personal. La respuesta a este desafío constituye así un problema ético insoslayable del personalismo: esta demanda es una condición estructural de su quehacer filosófico. Por esto, me atrevo a afirmar que toda antropología está sostenida por un  **proyecto ético**.

<sup>3</sup> Para algunos, no existe distinción entre actos y acciones. Por esto, considero necesario especificar la distinción establecida. El  *acto* supone un análisis de realidad en el que las variaciones de tiempo son puestas entre paréntesis: el tiempo es visto solo como un atributo del objeto analizado. La  *acción*, por el contrario, implica una realidad en la cual la vivencia del tiempo es substancial. Esto refleja también una diferencia esencial en el conocimiento humano. En el primer caso, los asuntos de la naturaleza, las vivencias de la humanidad o las características de los conceptos son vistos como hechos: los que se dan o no se dan. En el segundo caso, estas realidades son vistas como  *procesos*, en los que su naturaleza específica se gesta en función de variaciones e implicaciones temporales.

# EL SABER ECOLÓGICO EN LOS ESTUDIOS HUMANÍSTICOS HACIA LA DESALIANACIÓN

José A. Rubí Barquero

El pensamiento humanístico enarbola la libertad como uno de los valores por excelencia, y desde ahí procede a una crítica intransigente de todo lo que menoscaba dicho valor. Es, pues, la reflexión humanística el reconocimiento de las distintas formas de la alienación junto con el escudriñamiento de sus causas. Pero a esta fase crítica, añade, normalmente, la propuesta entusiasta de una vida plena.

Cuando se vive en la alienación, en el relego de lo humano como tal, los motivos que ponen en movimiento la vida vienen de fuera, son externos a la persona; esto hace que resulte, en unos casos, un movimiento agitado, compulsivo; en otros, un movimiento mecánico, de autómeta, pero nunca el movimiento característico de la automotivación. Si en algún momento las fuentes externas hacen una pausa, en ese momento el individuo alienado no sabe qué hacer, la soledad lo aterra y como carece de interlocutor para el soliloquio, del buen amigo interior que le enseñó al poeta el secreto de la filantropía, en el mejor de los casos, en un gesto más de consumidor pasivo, busca el sueño en los regazos adormecedores de no importa cuál programa de la televisión, elegido por los "controladores" por sus probados efectos hipnóticos (elevado puntaje en el rating) en su país de origen.

En la vida alienada la escala de valores aparece invertida, la enfermedad generalizada se ve como salud, la competitividad como "neovalor" para justificar ventas simbólicas de los activos públicos, salarios de hambre, privatización de ganancias y socialización de pérdidas, etc. Y la solidaridad, cuando por error se la menciona, identificada con el acto de barrer para afuera las migajas que los poderosos dejan caer en la fiesta anodina de sus vidas opulentas.

Esta inversión de todos los valores, este poner la carreta delante de los bueyes, al trastornar la jerarquía de lo importante, trastoca, también, el orden humano de las necesidades, no sólo en cuanto a su contenido, sino también en cuanto a la organización para satisfacerlas. De aquí que la vida alienada, vista desde cierta distancia, tenga el aspecto inconfundible de la demencia colectiva, donde el sentido de la proporcionalidad entre medios y fines simplemente no existe. Por lo mismo, no debe asombrarnos, y a nadie le asombra, ver un mayor despliegue organizativo y un mayor consumo de recursos para satisfacer los refinados caprichos de unos pocos que para responder a las necesidades básicas de grandes grupos de población. Un mínimo de cordura, de sensatez, en este sentido, bastaría para distinguir entre las necesidades propiamente humanas y los simple caprichos, para jerarquizar las primeras y atenderlas de acuerdo con la importancia de cada una; para distinguir, también entre las necesidades que ameritan que su satisfacción se busque en términos individuales y privados, tomando en cuenta el incremento en el gasto de recursos que eso significa, y las necesidades que permiten una solución colectiva o comunitaria.

De todos los aspectos graves de esta situación de alienación, vale la pena referirse a uno en particular: al papel de la educación en todo este asunto. En efecto, cuando se piensa en los posibles caminos para salir de la alienación, casi de inmediato la educación surge como el más adecuado y, si se quiere, como el único camino. Pero lo sorprendente es que, tras un leve vistazo a la realidad, la educación aparece, con harta frecuencia, haciendo lo contrario de lo que cabría esperar, esto es, actuando como refuerzo de la

alienación y, por lo tanto, negándose a sí misma. Que tal cosa ocurra, como de hecho ha ocurrido siempre desde que las sociedades humanas experimentan la división social en clases cuyos intereses se van tornando excluyentes, se puede comprender aunque no justificar; pero si de todos modos se quiere justificar, pues ahí está, entre otros recursos, la misma educación para coadyuvar, convertida en ideología, con dicho propósito.

No es, sin embargo, el objetivo de este trabajo abundar acerca de la educación como "forma ideológica de dominación"; al respecto creo que el pensamiento marxista ha dicho lo fundamental. Partamos más bien de una situación hipotética, tan hipotética como la que se desprende de los objetivos escritos que en la Universidad Nacional intentan justificar el énfasis en la formación humanística y, por lo mismo, el funcionamiento de todo un centro de estudios humanísticos, mal llamado de Estudios Generales, por el cual deben pasar los estudiantes a fortalecer su perfil humanístico para lograr así profesionales íntegros.

Estos objetivos del humanismo, por lo menos en su expresión escrita, descartan todo lo que sea interés mezquino -de grupo, de clase, de nación, etc.- dado que contraen un compromiso con la causa, humanística por excelencia, de la desalienación. Así las cosas, uno se pregunta si basta con las buenas intenciones para que todo marche bien, si no existirán, además de los intereses mezquinos, obstáculos de otra índole capaces de boicotear las mejores intenciones del mundo y que en el caso de la educación humanística estén operando subrepticamente, al modo de un malvado "currículum oculto" o de una falsa epistemología implícita, impidiendo que los resultados corroboren sus objetivos.

Muchas veces, desde el punto de vista docente, se sobrestima el carácter humanístico de la disciplina con la que se trabaja hasta llegar a suponerle un efecto humanístico prácticamente inevitable; efecto que se lograría, entonces, con sólo que el estudiante contacte con ella. Este error, obviamente, cobra mayores proporciones cuando se trabaja con disciplinas con tradición humanística al llevar a menospreciar, cuando no a ignorar del todo, requerimientos básicos como la importancia del perfil del profesor para cursos predominantemente formativos, la formación y aplicación de una estrategia didáctica nacida de un enfoque pedagógico pertinente, un planteamiento epistemológico favorecedor del trabajo multidisciplinario, etc.

Este espejismo de creer que se hace humanismo porque se trabaja con disciplinas de tradición humanística, debe tomarse muy en cuenta en el Centro de Estudios Generales de nuestra universidad. No porque la Filosofía, la Historia y la Literatura sean disciplinas, tanto de tradición como de vocación, humanísticas, las cosas se pueden dejar a la buena improvisación de cada quien, y no porque puedan compartir criterios epistemológicos, axiológicos, pedagógicos, etc., significa que en la práctica lo hagan. Perfectamente puede suceder que por falta de coordinación académica, de trabajo en equipo, lo que se



hace en una de estas disciplinas otra lo contradiga.

No porque sean "generales", es decir, que todos los estudiantes deben cursarlos, los estudios humanísticos deben ser dispersos e independientes los programas de cada una de las disciplinas; hacerlo así sería entender mal lo que significa "general" en este caso. Lo de "generales" no riñe con el hecho de que las disciplinas participantes busquen la integración no sólo mediante la unificación de sus objetivos más genuinamente humanísticos, sino también mediante el abordaje de temáticas comunes. Tampoco es cierto que actuando así se produzca o se apunte hacia una "especialización" contradictoria con el espíritu de la formación humanística concebida, esta última, seguramente como "un poco de todo".

No, ser humanista no es saber de todo un poco para evitar la desprestigiada, al menos en este medio, especialización. Si el saber humanístico no tuviese alguna peculiaridad, no tendría sentido mencionarlo ni habrían humanistas o cultivadores del mismo. Y si la tiene, si no es lo mismo cultivar, por ejemplo, la reflexión ética que la investigación en algún campo de la química, entonces el humanismo es también una especialización.

Como más adelante voy a llevar a cabo una crítica - de raigambre ecológica -del especialismo, aclaro desde ahora que no todo especialista cae, inexorablemente, en la categoría acuñada por Ortega y Gasset de "bárbaro especializado". Se puede ser especialista y "culto" a la vez. Sólo un concepto equivocado de la "vocación" puede hacer creer que un individuo se traiciona a sí mismo cuando sale del nicho de su especialidad en busca de saberes complementarios. A la conocida afirmación de Aristóteles de que el hombre por naturaleza necesita saber, cabe agregarle que cuanto más humana sea esa necesidad más lo es de un saber integral, es decir, del saber que se construye mediante la convergencia consciente de los saberes especializados.

Aunque estas cosas, volviendo a los Estudios Generales, no se logran con solo predicarlas, mucho se podría lograr cuando los que por su trayectoria están en condiciones de ejercer el liderazgo académico necesario, se decidan a ejercerlo. Que una tarea como ésta es consustancial a la idea original de los Estudios Generales, está claramente expresado por Rodrigo Facio en un discurso suyo del 4 de mayo de 1957 donde, para explicar el significado de la Reforma por él emprendida, señalaba:

¿Qué era lo que se pretendía, qué, en concreto lo que se buscaba?

Hacer de la diversidad, Universidad; del archipiélago, continente; de las partes, un todo.

Poner la formación personal, cultural, social y ciudadana, antes de la formación profesional, la que vendría a constituirse, no más en la razón exclusiva de ser de la Institución, sino en el punto de llegada, después de haber cumplido ciertas etapas fundamentales.

Las profesiones son, es innecesario reite-

arlo, muy importantes, pero son algo instrumental, y para su correcto y fértil ejercicio debe afinarse con esmero y energía las calidades humanas, culturales y sociales de quienes van a usar tal instrumento.

En el afán reformador había el deseo de integrar los conocimientos científicos particulares; de encontrar una posición humanística y espiritual para incorporar en ella lo puramente funcional o pragmático; de preparar al joven en la "profesión de hombre" antes de iniciar su preparación en las profesiones especializadas.

No era, y mal podía ser, una reacción contra las especializaciones, sino contra las especializaciones prematuras". (1)

Lo ecológico en los estudios humanísticos.

Fue un acierto, entonces, que en el Centro de Estudios Generales a partir del año 93, se les diera como una nueva opción a los estudiantes el Programa: "Humanismo, medio ambiente y desarrollo", dado que la emergencia de lo ecológico a la conciencia colectiva no sólo propicia un cuestionamiento de los planteamientos humanistas tradicionales, de la idea de desarrollo, del llamado "paradigma mecanicista", etc.; sino que viene a confirmar la importancia y conveniencia del trabajo multi e interdisciplinario para la solución de los problemas ambientales.

La ecología, en efecto, es ciencia de interrelaciones y el concepto de ambiente con el que trabaja refiere a una totalidad. Es por esto que los llamados "problemas ecológicos", cuando se los aborda con el ánimo de erradicarlos, muy pronto dejan ver su complejidad, su carácter multifacético y la imposibilidad, por ende, de resolverlos con el concurso de una sola disciplina. Estos problemas obligan, para su adecuado enfrentamiento, a la conformación de equipos multidisciplinares con capacidad para acoplar los distintos aportes en una solución integral. Por lo mismo, cuando de parte de un sector se insiste mucho en una medida "salvadora", como sucede con el reciclaje, ya uno puede sospechar de que se trata de un enfoque parcial o tendencioso y que, por esa misma razón, no existe verdadero interés en una solución radical. En este caso particular del reciclaje, su exaltación como medida aislada encaja perfectamente dentro del esquema del consumismo. Otro ejemplo de esto lo encontramos también en el campo de la producción con toda esa nueva generación de productos "ecológicos". En Costa Rica hasta empresas estatales han recurrido a la autoexaltación publicitaria, pregonando que trabajan en armonía con la naturaleza o de que ofrecen, el caso de Recope, productos como la gasolina a la que llaman ecológica porque no contiene plomo.

El simple hecho de que el saber ecológico permita un uso comercial y manipulador, muestra que pese a su potencial para formar parte de un planteamiento crítico de la sociedad, por sí solo está lejos de serlo. La ecología como tal no hace planteamientos políticos; son éstos los que pueden aprovecharla en un sentido o en otro. De aquí la importancia de recurrir a ella con fines humanísticos, es decir, como motivación para la teoría y la práctica de la liberación.

Con la inclusión de la temática ambiental en los estudios humanísticos que promueve el Centro de Estudios Generales de la Universidad Nacional, las disciplinas que ahí participan se ven obligadas "no sólo a dialogar entre sí, sino también a estar muy atentas a lo mucho que una ciencia como la ecología tienen que decir en este momento. Ni el filósofo, ni el historiador, ni el literato pueden permitirse ignorar el a,b,c de las ciencias ambientales y en particular de la eco-

gía. La alfabetización en este sentido es básica. Sirve de afincamiento al discurso humanístico y le permite ir más allá, incursionar en el terreno normativo que le es propio, pero esta vez respaldando sus planteamientos en constataciones científicas". (2)

Sobre el especialismo.

Un mundo cambiante y un perfil profesional rígido no se llevan bien. De este antagonismo los centros de educación superior deben estar muy conscientes y realizar las innovaciones curriculares correspondientes para no reproducirlo. Un perfil profesional rígido es producto de una especialización mal concebida. La ecología misma advierte que un organismo cuanto más especializado, cuanto más adaptado a un ambiente en particular, más vulnerable es a los cambios que puedan darse.

Para lograr un perfil flexible, capaz de "sobrevivir" a los cambios y de influir en ellos, las innovaciones curriculares deben respaldarse en un enfoque epistemológico adecuado, un enfoque orientado a romper la concepción insular del conocimiento, la visión fragmentaria de la realidad. Todo con el fin de que el estudiante perciba con claridad no sólo las peculiaridades de las "materias" que cursa, sino también sus interrelaciones, y lo mismo con los contenidos temáticos: que su abordaje revele su condición de ser parte de un todo más amplio. A nivel psíquico, la consecución de un perfil flexible atenúa la sensación de vulnerabilidad, el temor al cambio y en su lugar aparecen la autoconfianza y la disponibilidad para el cambio. Como puede verse, la sabia consigna pedagógica de "aprender a aprender" es otra manera de plantear estas mismas cosas.

En esta tarea a los Estudios Generales, por sus características, les corresponde tomar la iniciativa y con base en sus logros implementar una política de exportación permanente al resto de la Universidad. Una manera de lograrlo consiste en aprovechar el paso de los estudiantes por sus aulas para fomentar en ellos actitudes favorables al cambio requerido, tales como: 1 - fortalecer, mediante la creación de un ambiente participativo, sus afanes de protagonismo en el proceso de enseñanza-aprendizaje, 2 - combatir la pasividad con la procura de un ritmo dinámico y autónomo en la búsqueda del conocimiento y 3 - despertar en ellos el gusto por el debate, por la discusión de ideas, por no permitir que se les ignore cuando se buscan acuerdos o se toman decisiones.



## BIBLIOGRAFÍA

1. BOWEN, James y HOBSON, Peter, Teorías de la Educación: Innovaciones Importantes en el Pensamiento Educativo Occidental, De. Limusa, México, D.F., 1984.
2. ESPAÑA, Olmedo, (compilador), Pensamiento Universitario Costarricense, Ed. Fundación UNA, Heredia, Costa Rica, 1996.
3. FROMM, Erich, La revolución de la esperanza: hacia una tecnología humanizada, Fondo de Cultura Económica, México, D.F., 1988.
4. LUTZENBERGER, José, Manifiesto Ecológico. ¿Fin del Futuro?, Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela, 1976.
5. MARCUSE, Herbert, El Hombre Unidimensional, Editorial Seix Barral, S.A. Barcelona, España, 1971.
6. MIRE, Fernando, El Discurso de la Naturaleza: ecología y política en América Latina, De. Departamento Ecuaménico de Investigaciones (DEI), San José, Costa Rica, 1990.
7. MOORE, T. W., Introducción a la Filosofía de la Educación, Editorial Trillas, S.A., México, D.F., 1987.
8. RIFKIN, Jeremy y HOWARD, Ted, Entropía: Hacia el mundo invernadero, Ediciones Urano, S.A., Barcelona, España, 1990.
9. RUBÍ, José, (compilador), Humanismo, medio ambiente y desarrollo, De. CEG-FUNA, Heredia, Costa Rica, 1996.
10. SILVA, Ludovico, Humanismo clásico y humanismo marxista, Monte Avila Editores, Caracas, Venezuela, 1982.
11. SOSA, Nicolás, Ética Ecológica, Universidad Libertarias, Madrid, España, 1990.
12. URIBE, Oscar, Las Humanidades Tradicionales y las Neo-Humanidades, Instituto de Investigaciones Sociales, México, D.F., 1995.

1 - ESPAÑA, Olmedo, (compilador), Pensamiento Universitario Costarricense, De., Fundación UNA, Heredia, Costa Rica, 1996, pág. 44.

2 - RUBÍ, José, (compilador) Humanismo, medio ambiente y desarrollo, Edición CEG - FUNA, Heredia, Costa Rica, 1996, pág. 5.

# TOPICOS DEL HUMANISMO

Universidad Nacional  
Centro de Estudios Generales  
Apartado 86-3000  
Costa Rica, América Latina  
Teléfono 277-3307

## MIEMBROS DE LA COMISION EDITORIAL:

*Lic. Gerardo César Hurtado*  
coordinador

*Dra. Zaida Fonseca Herrera*  
*M.A. Ana Cecilia Sánchez Molina*  
*Prof. Alfonso Chase Brenes*

## MECANOGRAFIA:

*Sra. Olga Martha Rojas Bolaños*



Impreso en  
el Programa de Publicaciones e  
Impresiones de la  
Universidad Nacional

# PRESENTACION

Las relaciones entre Humanismo y Educación siempre han sido importantes en todo momento, como parte de la libertad creadora del hombre. Dentro de los estudios humanísticos, estas relaciones de preferencia radical con respecto a los educandos se centran en estudiar las raíces epistemológicas que nos brindan una formación integral del hombre, a saber, cómo el hombre se ve imbricado en asumir su libertad dentro de la alienación humana en las sociedades dinámicas y las políticas del cambio hacia metas propuestas por gobiernos y controles externos que ejercen poder radical en la ejecución de programas que enfatizan al "homo oeconomicus", más que al ser espiritual. En este número presento dos estudios importantes por sus ejes referentes al destino colectivo que nos concierne a educadores y educandos en un mundo poblado por amenazantes influjos externos al quehacer de la educación misma, y la ecología como un polo crítico necesario para insertar al hombre en el estudio de lo contemporáneo. El segundo estudio nos revela una importante veta: las diferencias entre los términos ética y moral, para una prioritaria visión de la aplicación de estos conceptos en las personas, sus ideas de bien y posibilidades de ser, la asunción misma de la ética como práctica, la normativa que implica verla en el entorno social y político que nos toca vivir. Así hay entonces en el hombre la vigencia de su proyecto ético y la conciencia propia de los cambios individuales frente a las transformaciones de la colectividad.

GERARDO CESAR HURTADO ORTIZ